



ORGANO DE LOS LIBERTARIOS DEL PERU

No queremos ser oprimidos ni opresores: Por eso somos anarquistas
No queremos ser explotados ni explotadores: Por eso somos comunistas



Anarquía i anarquista encierran lo contrario de lo que pretenden sus detractores. El ideal anárquico se pudiera resumir en dos líneas—la libertad ilimitada y el mayor bienestar posible del individuo, con la abolición del estado y la propiedad individual.
El anarquista, ensanchando la idea cristiana, mira en cada hombre, un hermano; pero no un hermano inferior y desvalido a quien otorga caridad, sino un hermano igual a quien debe justicia, protección y defensa.

Manuel González Prada.



AÑO XII NUMERO 117

LIMA, SETIEMBRE DE 1.923

PRECIO 5 CTVS.

ANARQUIA Y ANARQUISTAS

Nosotros y "La Prensa"

Nuestra Anarquía no se atiende única y exclusivamente a su origen etimológico—an-arguta: (no gobierno)—ni se encastilla en fórmulas o teorías dogmáticas desautorizadas por la ciencia. Por lo tanto, está muy lejos de todo sectarismo odioso, y es antípoda de capillitas personales y de toda idolatría.

Nuestra Anarquía no admite sino verdades comprobadas, o conclusiones razonables y lógicas, no afirma sino postulados de constante ascensión espiritual en el ser y de constante renovación en la Sociedad.

La supervivencia, la beligerancia y el alto valor positivo de nuestro anarquismo, consiste en su espíritu de crítica demolidora de todas las instituciones de la Sociedad vigente, porque éstas reposan en "inmortalidades y alta de equidad profundas que hacen imposible la autonomía y el bienestar del ser humano, y su fuerza de avance, cuantitativa y cualitativa, está en su espíritu de proselitismo, que va restañando a la brasa ignara y veleidosa, unidas de combate que, sacudidos con el axioma "no más deberes sin derechos al más derecho sin deberes", van formando el conjunto de misioneros de la autoeducación y la Revolución, misioneros civiles entregados al conocimiento y a la reflexión sobre todos los problemas humanos, que, en una u otra forma, contribuyen a que la humanidad se acerque lo más pronto al "punto leimifoso de la anarquía".

Siendo así como comprendemos la Anarquía—y como debían comprenderla todos—en nuestro medio, por contradictorio efecto, han surgido los creyentes o fanáticos de la «santa madre anarquía», que no toleran la exposición doctrinaria de los contrarios, cuando lo cuerdo y anárquico sería escucharla para, luego refutarla, con lucidez e hidalgía. Anarquistas tan sólo porque han leído artículos, de periódicos, pero demasiado perezosos para estudiar las diversas teorías, socialísticas y doctrinas, así como para la observación y análisis de la química social. Pero este desamor al estudio, disculpable hasta cierto punto, no merece tanto reproche como lo merecen quienes siendo "apreciables valores en nuestras filas, viven alejados de la propaganda activa, o quienes infatigados de "pedante" y "olismo", se la pasan de zóifos despechados.

Al número de creyentes de la Anarquía, se han sumado los parásitos y holgazanes del Ideal: parásitos los que

viven criticando la labor ajena sin hacer ellos nada en pro de la Anarquía: son como hongos venenosos o como la cizaña que impide toda labor en común; holgazanes quienes saben y estudian siempre y que pueden cooperar en la difusión de nuestras ideas, pero que viven contemplándose a sí mismos, como narcisos mirándose en la fuente cristalina; parecen árboles roñosos y decrépitos por su inacción e infecundidad de ideas.

En estos tiempos, los parásitos y holgazanes del ideal están demás. En la obra de difusión doctrinaria para apresurar la realización de nuestro ideal, hace falta la inteligencia, la voluntad, la energía de cada individuo que se precia de anarquista. Negarse al "imperativo categórico" de su conciencia emancipada, es traicionar el Porvenir de nuestros sueños.

No pedimos uniformidad en el trabajo y en la acción, ni disciplina de partido. Detestamos reglas convencionales y consignas de jefes o capellanes. Pero si reclamamos de todos, unidad y elevación de miras para trabajar la Anarquía, con más ahínco y cariño. Necesitamos ahondar muy mucho el cauce por donde debe deslizarse el espíritu libertario de la Revolución.

Sí, compañeros, quienes son artistas de las formas y los colores, que cojan el lapiz o el pincel y la paleta, y lleven al lienzo ó a las páginas de nuestra prensa, el realismo de la vida actual con sus deformidades y contradicciones, o den rienda suelta a su imaginación para pintar las excelencias de nuestro ideal; quienes son cultivadores del divino arte musical o del escénico, que contribuyan a despertar entusiasmos amortiguados y a palmeitar los sentimientos del pueblo; quienes se sientan organizadores, que vayan a los obreros y hagan su labor sin perder el punto de contacto con el ideal; quienes tienen condiciones de oradores, conferencistas, educadores o periodistas, que desarrollen sus actitudes en su respectivo radio de acción. Pero que todos hagan lo suyo, que todos trabajen por derribar la gran montaña de mentiras y prejuicios tradicionales y sembrar, a la vez, la simiente libertaria de nuestro ideal.

Repetimos, pues: en nuestras filas no precisamos creyentes, sino comprometidos, y para ello nada mejor que el libro: no precisamos parásitos ni holgazanes, si no obreros de la Anarquía con mucho espíritu de sacrificio para la siembra anarquista.

El diario oficial «La Prensa», en su edición matutina de 28 del mes pasado, hace unas apreciaciones por demás antojadizas y desprovistas de toda verdad acerca de nuestra acción doctrinaria e ideológica.

Nada tendríamos que decir de su natural y lógica alarma burguesa por nuestra doctrina e ideales, y aquí habría quedado todo, pero como se trata de presentarnos ante el pueblo como agentes «políticos», nos vemos obligados a rectificar este premeditado e incensato concepto.

No resistimos el deseo de transcribir (para diversión del lector) algunas frases del citado diario. Así dice: «los fingidos apóstoles del anarquismo no son sino agentes clandestinos de políticos que, conscientes de su desprestigio, se abstienen de saltar a la arena y tratan de debilitar al Régimen que los conserva en mercedo apartamiento...» y quienes los «están empleando, para sus fines personales, la propaganda anarquista...» Y luego, nos trata, con la mayor estupidez de «meros comisionistas políticos».

Verdaderamente nos ha causado una franca carcajada la torpe y pueril atribución de «La Prensa» de que nosotros, los redactores de «La Protesta», seamos agentes de los políticos. Esto es el colmo de la imbecilidad o de la protervidad. ¡Decir que nosotros, anarquistas, podamos entrar al servicio de quienes son nuestros más irreconciliables enemigos—los políticos! Esto es como señalar a los ateos, por ejemplo, de propagandistas de la religión o agentes de la Iglesia, o afirmar de los curas que hacen labor atefata!

La «política» es, para nosotros los anarquistas, la lepra que pudre el mundo, y sus secuaces son los propagadores del bacilo; la política es la ruina de los individuos y de los pueblos; es el semillero, en

Querer impedir la evolución natural de las sociedades contemporáneas hacia una sociedad socialista y democrática, es empeñarse en una obra tan vana como querer impedir que los ríos corran hacia el mar y que retrocedan a sus fuentes.

A. Hamon.

fin, de los odios y de las guerras, de todas las infamias y podredumbres de que está llena la democracia burguesa en todo el orbe Y, siendo esto así, ¿cómo, nosotros, podemos ni siquiera por un instante pactar con los políticos y servirles de voceros—como nos cree la hoja palaciega?

El anarquismo es una doctrina antipolítica por excelencia y mal puede nadie juzgar a sus prosélitos de agentes políticos. Esto es tan sencillo y claro que no necesita mayor explicación.

Otra cosa es que la reacción quiera nuevamente irrumpir sobre nosotros y como justificativo de sus actos deseamos fines políticos a nuestra propaganda: netamente doctrinaria e ideológica o finje encontrar en ella relaciones con los politicistas para consumir su obra.

Ya saben los camaradas todos: que si «La Protesta» no vuelve a salir será porque la reacción oficial habrá consumado sus atentados contra la libertad de pensamiento.

Setiembre de 1923.

La prisión no impide que los actos antisociales se produzcan; por el contrario, aumenta su número. No mejor a los que van a parar a ella. Refórtese tanto como se quiera, siempre será una privación de libertad, un medio ficticio como el convento, que torna al prisionero cada vez menos propio para la vida en sociedad. No consigue lo que se propone. Mancha a la sociedad. Debe desaparecer.

Es un resto de barbarie, con mezcla de filantropismo jesuítico; y el primer deber de la Revolución será derribar las prisiones, esos monumentos de la hipocresía y de la vileza humana.

P. Ropotkine.

Venga de un solo individuo, venga de una colectividad, la tiranía es tiranía.

M. G. Prada.

Obrero; estudiante, hombre o mujer que piensas: ayuda a «Claridad», que no tiene subvenciones ni es «clases» política. Su vida depende únicamente de la cooperación de los hombres libres.

Obrero del músculo o del intelecto: boicotea [no compres] el diario «La Prensa» porque es el que con más ensañamiento combate tus ancias reivindicacionistas.

AMOR Y ODIÓ

Si; amor y odio son un don nuestro; es decir, está en nosotros en perenne convulsión, en constante agitación de atracción y repulsión. El amor en todos nosotros y para todos, es una de las virtudes de nuestro ideal: la Anarquía. Pero no el amor de interés, el amor de lucro como la actual sociedad lo practica. De ahí los effluvios de nuestro anárquico amor y su constante ebullición por llegar a su pináculo, meta de nuestras aspiraciones.

Amor, amor y amor, sea pues nuestra prédica en todos los días y a todos los seres, para inyectarles la avidez de nuestro amor que es humano.

¿Odio? Si; sea también incesante nuestro batallar para que en los seres se haga carne nuestro odio; el odio a todo lo malo, a todo lo imperfecto, a todo lo vetusto, en una palabra; a la Sociedad presente, causa generadora de los males sociales.

Nuestro amor es, pues, puro y limpio. Y nuestro odio, sacrosanto. ¿Se impondrán? el tiempo lo dirá.

Entre tanto, volquemos fervorosamente nuestro amor, y desatemos nuestros odios contra el Mal.

Lima, agosto 1923.

La gran mayoría de los hombres vive engañada Bajo el concepto de patria

¿Qué es una patria?... Todos los ingenuos, todos aquellos que sólo cursaron la primera y segunda enseñanza, y también los que viven de ella, dicen: «la patria es el suelo que nos vio nacer, teniendo por obligación sagrada el defenderlo hasta morir». Y si se les preguntara: ¿cuáles son las comodidades materiales, las bellezas morales, la libertad, la fraternidad que nos brinda la patria?... pues no sabrían contestar de una manera categórica y verídica.

Este gran engaño, o mejor dicho, esta explotación de la palabra «patria», está tocando a su fin. Si la mayoría de los ignorantes aceptó a priori adorar esta abstracción y se sacrificó por ella, fué porque creyó que ella aportaba la libertad y la felicidad de todos los hombres, pues así se les predicó desde pequeños. Mas hoy, creditos y hecho *hombres*; hoy que en medio de este laberinto en donde se sufre la indiferencia de los que representan la misma «patria», en el suelo mismo—el cual lo creemos nuestro porque así nos lo dijeron en la escuela—de la «patria», cuando menos arrojados a la calle porque, faltos de trabajo, no podemos satisfacer la ambición del propietario y compatriota nuestro; cuando vemos que la justicia está del lado de aquél que tiene mucho dinero—aunque no tenga la razón—cuando sufrimos el desprecio de aquellos que se titulan

clase aristocrática; y por fin, cuando comparamos nuestros asquerosos tugurios y nuestra vieja indumentaria con los palacetes y los lujosos vestidos de aquellos «compatriotas» adinerados; venimos a la verídica conclusión, innegable y rotunda, de no amar a la «patria».

Es lógica la conclusión. Si la patria es sólo para el bien de unos cuantos, si de ella gozan unos pocos, y si de su suelo se apoderan los audaces, ¿qué es lo que a la mayoría les queda?... ¡nadá! ¿Y es justo que una madre amorosa y buena, vea con indiferencia que la mayoría de sus hijos perezca en la miseria y la orfandad, y sólo uno sea el privilegiado que goce de todas las cosas? ¡No es justo! y si lo es, será una mala madre, y por consiguiente, no tiene el derecho de invocar al hijo abandonado cuando ella se encuentra en peligro. Esto es lo que no sucede, pues la mayoría de los hombres de todas las patrias, corre a defenderlas. Sin embargo, en nombre de la patria se les ordena matar y se dejan matar, y en nombre de ella se les mata de hambre y se les mete en presidio, y en el mismo nombre se les roba del mísero salario que ganan, la mayor parte para cubrir los impuestos. Y si decimos que todos deben de llevar las mismas penalidades e infortunios nos contestan los amos y dueños de la patria; eso nó... ustedes son el pueblo que debe trabajar y nosotros somos los presidentes, los senadores, los diputados, los generales, los capitalistas. en fin, somos—dicen ellos—la aristocracia que representa a la madre patria y que está obligada a gobernarlos. ¡Sangrienta ironía! ¡Cruel engaño!

Fergar.

Lima, 11 de agosto de 1923.

DESPUES DE JULIO

En los días de julio en que el Perú dice conmemorar su libertad e independencia, nosotros, nos echamos a pasear las calles de esta secular ciudad de los virreyes, ansiosos de sentir nuevas impresiones y compulsar, a la vez, nuestra siembra de algunos años, siembra de ideales redentores que conducirán a la humanidad hacia la libertad, justicia e igualdad, pináculo de nuestras aspiraciones. En nuestros andares, ávidos de coronar nuestro objeto, vimos al pueblo, a este pueblo que es carne de dolor, del cual manan nuestros dolores, refir a mandíbula batiente, olvidando la cadena que lo hata y subyuga al capitalista, y sentirse libre porque libre le dijeron que era; y así como vimos refir y sentirse libre, le vimos también descubrirse reverente, a los acordes de un himno irónico y al paso de sus tiranos y asesinos que, como un insulto a su esclavitud de la hora presente, dijéronle que tenía ciento dos años de libertad, libertad tornada siempre en esa esclavitud contra la que ha tiempo luchamos, lucha en la que saldremos triunfantes, pese a todos los

oscurantistas de los pueblos, que se afanan en decir a todos los vientos que la libertad existe, cuando frecuentemente se ve que el pueblo es abaleado sólo por exigir la libertad de reunión.

Y nosotros que sólo fuimos a las fiestas julias por sentir impresiones y deseos de compulsar nuestra obra de año tras año, recojimos la ignorancia del pueblo y el engaño de sus tiranos.

A nuestro paso encontramos a muchos parias en los que se habia

hecho carne nuestra idea, quienes con sonrisa sincera, como de quienes vislumbran el triunfo, nos decían: sólo seremos libres con el triunfo de Acracia.

Nosotros saturados de nuestro grande optimismo, respondímonles: sí, sólo el triunfo de nuestra madre Anarquía, liberará a la humanidad hoy esclava; luchemos pues con más ahínco por su pronto advenimiento.

Lima, agosto de 1923.

FACETAS DE LA REVOLUCION RUSA MAXIMISMO Y SOVIETISMO

Los principios en lucha: marxismo, bolshevikismo y anarquismo.

La bancarrota del Socialismo marxista y el advenimiento de los bolsheviks.

Así como el triunfo de Alemania en 1871 y la caída de la Comuna de París fueron los signos de la desaparición de la vieja Internacional, así la gran guerra de 1914 es el punto de arranque de la bancarrota del socialismo político.

Y aquí ocurre un extraño suceso que resulta a veces verdaderamente grotesco y que sólo encuentra su explicación en la falta de todo conocimiento sobre la historia del viejo movimiento socialista. Bolsheviks, independentes, comunistas, etc. no dejan de acusar a los herederos de la vieja Social-democracia de una vergonzosa claudicación de los principios del marxismo. Los acusan de haber abogado al movimiento socialista en el pantano del parlamentarismo burgués, de haber interpretado mal la actitud de Marx y Engels sobre el Estado, etc., etc.

El director espiritual de los bolsheviks, Nicolás Lenin, ha tratado de fundamentar esa acusación sobre bases sólidas en su conocido libro «El Estado y la Revolución», que es reputado por sus discípulos como la verdadera y pura interpretación del marxismo. Por medio de una colección de citas perfectamente arregladas pretende demostrar Lenin que «los fundadores del socialismo científico» fueron siempre enemigos declarados de la democracia y del pantano parlamentario y que todas sus aspiraciones iban encaminadas a la desaparición del Estado.

No hay que olvidar que Lenin hizo recién este descubrimiento cuando su partido, contra todas las esperanzas, se vió en minoría después de las elecciones para la Asamblea Constituyente. Hasta entónces los bolsheviks habían participado a la par de los demás partidos en las elecciones y se cuidaban de no ponerse en conflicto con los principios de la democracia. En las últimas elecciones para la Asamblea Constituyente tomaron parte con un programa grandioso, esperando obtener una mayoría imponente. Pero al ver que, a pesar de todo, quedaban en minoría declararon la guerra a la democracia y disolvieron la Asamblea Constituyente, publicando entónces Lenin su obra «El Estado y la Revolución» como un justificativo personal.

Lenin colocado entre los marxistas y los anarquistas.

La tarea de Lenin no es sencilla por cierto: de un lado se vea obligado a hacer concesiones avanzadas a las tendencias antiestatales de los anarquistas y del otro a demostrar que su actitud no era en modo alguno anarquista, sino marxista únicamente. Como inevitable consecuencia de todo esto su obra está llena de errores contra toda la lógica del sano pensamiento en el hombre. Un ejemplo probará esta afirmación: queriendo Lenin acentuar lo más posible una supuesta tendencia antiestatal de Marx cita el conocido párrafo de «Guerra, civil en Francia», donde Marx da su aprobación a la Comuna por haber comenzado desterrando el Estado parasitario. Pero Lenin no se toma el trabajo de recordar que Marx se vea obligado con estas palabras—que están en abierta contradicción con toda su actitud anterior—a hacer una concesión a los partidarios de Bakunin, con los cuales mantenía por aquel entónces una lucha muy enconada.

Hasta él mismo Franz Mehring—a quien no se le puede sospechar de simpatía hacia los socialistas mayoritarios—ha debido reconocer esa contradicción «en su último libro «Karl Marx», donde dice: «No obstante todo lo verídico que sean los detalles de esa obra, está fuera de duda que el pensamiento allí expresado contradice todas las opiniones que Marx y Engels habían venido proclamando desde el «Manifiesto Comunista» un cuarto de siglo antes».

Bakunin estaba en lo cierto al decir por aquel entónces: «La impresión de la Comuna levantada en armas fué tan imponente que hasta los mismos marxistas, cuyas ideas habían sido completamente desalojadas por la revolución de París, tuvieron que doblar la cabeza ante los hechos de la Comuna. Hicieron más aún; en contradicción con toda lógica y con sus convicciones conocidas tuvieron que relacionarse con la Comuna e identificarse con sus principios y aspiraciones. Fué un carnavalesco juego cómico... pero necesario; pues el entusiasmo provocado por la Revolución era tan grande que habrían sido rechazados y arrojados de todas partes si hubieran intentado encastillarse en sus dogmatismos.»

El anarquismo y las tracciones marxistas.

Cuando estalló la revolución de España en 1873 los miembros de la Internacional—casi todos anarquistas—desconocieron las peticiones de los partidos burgueses y siguieron su propio

camino hacia la expropiación de la tierra y de los medios de producción con un espíritu socialmente revolucionario. Estallaron huelgas generales y revueltas en Alcoy, San Lucas de Barrameda, Sevilla, Cartagena y otros lugares, que tuvieron que ser sofocadas en sangre. Más tiempo resistió la ciudad portuaria de Cartagena, la cual se mantuvo en manos de los revolucionarios por espacio de varios meses hasta que finalmente cayó debido al fuego de los buques de guerra prusianos e ingleses. En aquel entonces Engels atacó duramente en el «Folk-Siats» a los bakoninianos españoles y los apostrofó por no querer adherirse a los ciudadanos republicanos. ¡Cómo hubiera el mismo Engels, si viviera aún, criticado a sus discípulos bolshéviks y comunistas de Rusia y Alemania!

Después del célebre Congreso de 1891, cuando los dirigentes de los llamados «jóvenes» fueron expulsados del partido Social-demócrata, por levantar la misma acusación que Lenin dirige hoy a los «oportunistas» y «kautskianos», fundaron éstos un partido aparte con un órgano propio: «Der Socialist» en Berlín. Al principio este movimiento fué extremadamente dogmático y representó ideas casi idénticas a las del actual Partido Comunista. Si se lee por ejemplo el libro de Teistler «El Parlamentarismo y la clase obrera», se encontrarán idénticos conceptos que en «El Estado y la Revolución» de Lenin. Al igual de los actuales bolshéviks rusos y de los miembros del Partido comunista alemán, los socialistas independientes de aquel entonces rechazaban los principios de la Democracia y se negaban a participar en los parlamentos burgueses sobre la base de los principios reformistas del marxismo.

Y ¿cómo hablaba Engels de esos «jóvenes» que se complacían, al igual de los comunistas de hoy en día, en acusar a los del Partido Social-demócrata de traición al marxismo? En una carta a Sorge en octubre de 1891, hace el viejo Engels los siguientes amables comentarios: «Los asquerosos berlineses se han convertido en acusados en vez de seguir siendo acusadores y habiendo obrado como cobardes infelices han sido obligados a trabajar fuera del Partido, si es que desean hacer algo. Si hubiera entre ellos espías policiales y anarquistas disfrazados que desean trabajar secretamente entre nuestra gente. Junto a ellos hay una cantidad de asnos, de estudiantes ilusos y de payasos insolentes de todo surtido. En total son unas doscientas personas.» Sería verdaderamente curioso saber con qué adjetivos simpáticos hubiera hoy honrado Engels a nuestros «comunistas», que se dicen ser «los guardadores de los principios marxistas».

La verdadera ruta de liberación social.

No es posible caracterizar los métodos de la vieja Social-democracia. Respecto a tal punto Lenin no dice ni una sola palabra y menos aun sus amigos alemanes. Nuestros socialistas mayoritarios deben recordar este detalle sugérente para demostrar que son ellos los verdaderos representantes del marxismo; cualquiera que conoce algo de historia debe darle la razón. El marxismo fué quien impuso la acción parlamentaria a la clase obrera y marcó la ruta de la evolución operada en el Partido Social-demócrata alemán. Sólo cuando nuestros amigos comunistas de hoy lo comprendan, se convencerán de qué la ruta de la liberación social sólo nos lleva a la tierra feliz

del Socialismo pasando por encima del marxismo.

Rodolfo Rocker,

FEMENINAS

HABLEMOS CLARO

Si hacemos un examen de conciencia del porqué de nuestra incultura y de nuestra miserable situación, llegaremos al conocimiento de que, la mujer proletaria, huérfana de todo conocimiento para ganarse la vida, es muy ajena a ideas renovatrices que laboren un mejor porvenir y de que hemos adoptado, o plagiado el procedimiento burgués.

La estrechez económica de nuestros padres y la pauta antojadiza del Ministerio de Instrucción, a las más nos mantiene en la ignorancia y a las menos nos lanza a la depravación y al oprobio. Sin nociones de verdadera cultura e incapaces de ganarnos la vida honradamente, estamos convertidas en bestias de carga, en carne de placer.

La escuela del crimen sostenida por la Levita, la Sotana y la Espada, echó sus raíces en los hogares de nuestros progenitores. De ahí la mansedumbre de nuestro carácter, la santa resignación de todos los que llevamos una vida arrastrada y miserable y el incontenible desbordamiento de nuestra degeneración.

La mujer proletaria ignorante de su misión que le está encomendada como a sér racional, desde su temprana edad, sólo piensa en la «moda» y la «toilette» que vió llevar a la señorita tal. El lujo que es nuestra constante pesadilla (para todas las que no sabemos pensar en el *más allá*) y causa de muchas noches de insomnio, hace que por nuestra mente vaguen imaginaciones diversas para satisfacer nuestro anhelo, hasta llegar a concebir planes indecorosos a nuestra dignidad y a nuestro todo.

La mujer proletaria, en el hogar paterno, sólo tiene una aspiración: la de encontrar un marido que la vista elegante y la tenga cruzadita de brazos, y que esté dispuesto a satisfacer todos sus caprichos.

¿Y todo esto por qué? Porque vió que la señorita tal luce muebles; seda, joyas, etc., desde que casó con don Fulano, lujo que no gastaba cuando era soltera.

Este pensamiento aferrado en nuestra imaginación nos obliga a vivir al margen de toda sana aspiración y, al contrario, nos hace abrigar esperanzas superfluas en el milagro de un fetiche, en la magia de un príncipe o en el favoritismo de una ninfa, recuerdos fúnebricos de nuestros cuentos infantiles.

Actualmente tenemos vergüenza de decir que salimos de la fábrica o del taller, que somos obreras; y aún sentimos un desaliento y una desesperación si nuestras manos principian a encallecerse. Huímos desfavoradas de las compañías que no están bien trajeadas. Pero no tenemos vergüenza, ni nos turbamos siquiera, para hacerle

compañía a la pupila de un prostíbulo porque ésta lleva seda, joyas y monedas que derrochar. Principiamos por enviñarle el corte de su vestido, el costo de sus alhajas, etc., y terminamos por ser arrastradas al fango de la prostitución.

¿Todo por qué?

Porque sólo pensamos en la suntuosidad y magnificencia de nuestra futura morada, al estilo de la que habitó Catalina Comaro reina de Chipre.

Juventud femenina: basta ya de sueños dorados, de ilusiones pecaminosas y de esperanzas infructuosas. Cojamos el delantal para ganarnos el pan de cada día que constituye la salud del cuerpo y tomemos el periódico, el libro o el folleto (en nuestros ratos de ocio) que es la fortaleza del espíritu.

Estudid si queréis ser libres.

Agosto de 1923.

Los vampiros en pesadilla

La supresión de los «derechos» (?) parroquiales

Entre las castas parasitarias que viven como el piojo o la garrapata a expensas de otro sér, figuran los curas y frailes católicos—después de los patronos, los políticos y los militares. Si hicieramos una clasificación zoológica—de zoología aplicada—le la sociedad humana, tendríamos lo siguiente: *cerdos* los patronos; *sorros* los políticos; *tigres* los militares; *vampiros*, los curas y los frailes; *carneros o buyes*, los pueblos; etc.

Concretándonos a los curas y frailes, no sólo encontraríamos en ellos las cualidades de los vampiros, sino también del cerdo doméstico, del jabalí salvaje, del asno, del zorro, del pulpo, del piojo, etc. Es, pues, un «ministro del altar» un monstruo algo raro i horrible que no tiene nombre en idioma alguno: resume en sí todas las cualidades específicas de los referidos animales detestables i nocivos...

En la sociedad humana los curas i los frailes hacen el papel de verdaderos *vampiros* o murciélagos, pues, como estos quirópteros viven chupando la sangre del género humano: son unos verdaderos parásitos, algo así como el piojo del hombre o la garrapata del carnero. En efecto, ellos viven sin trabajar jamás en nada, sin producir algo para nadie: eternamente se la pasan sólo a costillas de pueblo...

Poseen la ociosidad y glotonería del cerdo y el patrón, la voracidad del lobo hambriento y el parasitismo de los piojos y garrapatas, de la tenia y la solitaria, de los murciélagos en fin: he aquí las únicas funciones ¡beneficidas! de los celeberrimos «ministros del altar». Y cosa curiosa; estos «farsantes y charlatanes» a maravilla que se jactan con toda frescura de ser los únicos y verdaderos «cristianos», esto es, discípulos de ese pobre sér mitológico llamado «Cristo», no cumplen con las enseñanzas ni doctrina de su «Maestro», ni menos con la palabra de su «Dios» que dijo al primer hombre de la leyenda bíblica: «Comerás el pan con el sudor de tu frente», es decir, trabajarás. ¿Quién no ha leído esos hermosos paralelos de Francisco A. Loiza y Rafael Barret sobre el «papa y Cristo» y «Cristo y el cura», respec-

tivamente? Y aunque no los haya leído ¿quién, personal y diariamente, no observa y comprueba lo que son los curas y frailes con lo que predicó «Cristo»? Demás está reconocer y afirmar una vez más que el catolicismo no es el cristianismo puro y legítimo ni el clericalismo deja de ser tan sólo una escuela de farsa, engaño, fraude, embuste, dolo por una parte y de robo, latrocinio, haragandería y parasitismo por otra...

Nos hemos detenido en las precedentes consideraciones antes de entrar en el hecho que motiva estas líneas, o sea la supresión de los pretendidos «derechos» (!?) parroquiales discutida últimamente en la cámara de diputados. El proyecto fué presentado por el doctor José A. Encinas, radical ya conocido y felizmente aprobado en lo que respecta a los pagos de defunción.

Nada más justo que la aprobación del referido proyecto. El pueblo tendrá así una gabela menos que soportar de las tantísimas con que la Iglesia Católica le explota y oprime desde el Coloniaje. Siquiera la muerte debiera ser gratuita, ya que toda en la vida cuesta dinero. Dentro del dominio clerical en que vivimos, los peruanos, todo es *simonía*, o sea, mercantilismo religioso. Ved si no: si uno nace, plata, si uno se casa, plata, si uno muere, plata... Agréguese a todo esto las fiestas religiosas y todas las grotescas y supersticiosas prácticas, del llamado culto católico, y se verá que el pueblo no es más que carne de explotación infuca de los gallinazos y cuervos del altar, ¡Pobre humanidad para la que el trabajo sólo es a beneficio de la Iglesia, el Estado y el «patrón»...!

Eso de los «derechos» (?) parroquiales o curales sobre la vida del hombre es una gran mentira y un crimen horrendo de los mercachifles o agiotistas de sotana y hábito. La casta sacerdotal estableció esos pretendidos y falsos derechos no en virtud de un hecho natural y justo, sino, en virtud de un atropello y violación nada más, de los derechos naturales del hombre y de la justicia pura. Esos cinco mandamientos de la Iglesia, así como esos siete sacramentos, no los estableció «Cristo»: son pues tan sólo la obra de esos bandoleros de coronilla. Para que haya un derecho justo y verdadero, es necesario que exista un hecho natural, irrefutable que le sirva de base incontestable. Esto es lógico.

Ahora bien, ¿Que hecho natural puede constituir ese grotesco, ridículo i primitivo rito idolátrico del bautismo, el matrimonio i la defunción creicales o iglesiasales que para nada sirven en la vida civil i moderna? ¿quien duda que es pura farsa e idolatrías ancestrales de las tribus salvajes?

Y héténos aquí viniendo un tonsurado—que para vergüenza del país oficia de «representante»—a sermonearnos desde las curules parlamentarias de que los derechos parroquiales son inviolables i que por consiguiente, no pueden ser suprimidas herética e impudentemente...

A nosotros, los emancipados de toda coyunda religiosa, poco nos importa que existan o no leyes que protejan a la casta clerical, pero, como el pueblo, la gran masa ciudadana, es quien sufre con dichas leyes, estamos nosotros en el deber de combatir a esa secta tenebrosa de la «Mano negra»—la clericalnalla oscurantista, retrógrada i parasitaria. Y es por esta razón que vemos con agrado la supresión «legal» de una parte de los pretendidos i absurdos derechos (!!) parroquiales.

Para nosotros la «Iglesia» no es sino un poder opresor i explotador de la Humanidad, poder basado en la soberana mentira de la «religión» i la fu-

nesta hipótesis si no engaño i absurdo de «Dios»—ente indemostrable e improbad por la ciencia, la filosofía, la moral i la razón... Y la «casta sacerdotal», creyéndose la casta privilegiada i única de la humanidad para conocer la «verdad rebelada» ¡si sobrenatural, religiosa, quiere todavía seguir engañando, oprimiendo y explotando a los pueblos con esos sus pretendidos derechos.

Los tiempos actuales ya no son los mismos de la tenebrosa i bárbara Edad Media, para que los vampiros i garrapatas de la Iglesia nos vengan con la intangibilidad de sus farsas i mentiras, ... ¡Hoi el manso «rebaño»—el pueblo—no admite ya «pastores» que eternamente le trasquilen ni quiere que los «lobos con piel de cordero» le sirvan de conductores; i los curas i frailes deberian saber estos nuestros postulados sociales:

El que no trabaja es un «parásito».

El que come, se viste i se aloja sin realizar algo útil a la comunidad, sin producir, es un «ladrón»—indigno de llamarse hombre.

Mañana, cuando las cosas cambien i reine la justicia, los zánganos, vampiros i garrapatas de la sociedad humana, es decir los parásitos, no tendrán ya cabida entre nosotros, entre los trabajadores o productores. Estarán de más, i entonces: o tendrán que trabajar junto con nosotros, o ser eliminados como alimañas o bichos nocivos. Una de dos i no puede ser de otra manera. I esto será así sobre la cabeza del Diablo i de su hermano el Dios bíblico.

Encino del Val.

Lima, 1923.

DEL AMBIENTE OBRERO

Patrones y obreros.

(Colaboración)

«El Comercio», en su edición matinal del 30 de Julio último, informa de una titulada fiesta obrera realizada en la fábrica de mosaicos del señor Gilbert, en honor de los redactores de la Vida Obrera de «La Crónica y El Comercio». Dicha fiesta fué ofrecida, a nombre de sus operarios, por el dueño de la fábrica.

«Habló después—agrega El Comercio—el señor José Alfredo Farfán, expresando el significado de esta fiesta que realizaba el ideal perseguido de la armonía entre el capital y el trabajo y terminó brindando porque las relaciones entre patrones y obreros, fueran siempre cordiales y amistosas.

Nada de extraño tendría esta fiesta obrera, si ella la hubieran realizado los elementos de la vieja casa de la calle del Tigre, acostumbrados a empuñarse y a empuñecerse, moralmente, a la clase obrera.

Pero, si tiene que sorprendernos—y, a la vez, sublevar nuestro espíritu—el hecho de que esa fiesta la hayan realizado obreros agrupados en la Federación de Mosaístas y Anexos, la que precisamente sostiene la lucha de clases.

Hay que advertir que el fabricante Gilbert, hasta hace poco no quiso que sus operarios fueran federados, ni reconoció a la Federación ni sus pliegos de reclamos. Fué debido a la actitud solidaria y resuelta de esos mismos operarios apoyados por la Federación, que el citado fabricante declinó su soberbia para aceptar que los obreros fueran federados, así como las demás condiciones impuestas por la Federación, una de las cuales fué el reintegro a la fábrica del señor Gilbert, del obrero Farfán, conocido en el campo o-

brero por sus discursos subversivos en los mítins y en las Asambleas.

¿Cómo se explica, ahora, la metamorfosis del patrono y el obrero arriba mencionados? Que se la expliquen los lectores.

Nosotros, nos limitamos a decir que la armonía entre el capital y el trabajo, ó mejor dicho, entre explotadores y explotados es un imposible, ó es una vergüenza y un engaño.

Podrá el cachorrillo león acariciar las ubres de la oveja que le amamanta, podrá hasta jugarle con ella alegremente: pero al llegar a mayor edad y despertarse los instintos felinos, terminará por devorar a la confiada oveja. Ni más ni menos es esa ideal que dice haber realizado el obrero Farfán.

Los intereses económicos del patrón y el obrero, son antagonicos, son diametralmente opuestos: el primero se enriquece explotando las energías ajenas; el segundo trabaja fatigado y empeñosamente por alcanzar un salario irrisorio, que no le permite cumplir satisfactoriamente con los atributos del hombre civilizado: nutrirse bien, tener habitación sana y holgada, vestir decentemente y elevar su condición intelectual y moral.

La armonía entre patrones y obreros, sólo podrá fundarse en el sometimiento vergonzoso de los últimos,—en el renunciamento a sus reivindicaciones mejoristas, en la abdicación cobarde a su condición de hombres conscientes anhelantes de su redención social.

Decir que hay cordialidad, fraternidad, entre explotados y explotadores, equivale a decir que éstos, a su triste situación de esclavos del Capitalismo, agregan la ignominia de su servilismo.

Allí donde se hable de relaciones «cordiales, amistosas, armónicas», de pobres y ricos, hagamos de cuenta oímos gritos: ¡vivan las cadenas!

No de otra manera, se explica el pacto de alianza entre el lobo y el cordero, entre el parásito social que se enriquece aniquilando la vida del obrero y éste que se envejece trabajando para otros y muere debatiéndose en la miseria.

No nos vengan, pues, con ideales de armonía que significan un baldón para los obreros, y que a la postre, resulta la viveza de alguno que quiere congratularse con quien los explota, para asegurarse en el trabajo.

Agosto de 1923.

Amador Gomez.

LA SOLIDARIDAD

entre el patrón de la Fábrica de Sta. Catalina y el Sindicato de trabajadores.

Y sé que estas líneas escritas para los hombres que trabajan, líneas denunciadoras de hechos desgraciados y vergonzosos, acontecidos en el Sindicato de Sta. Catalina, tienen que causarles requemores a muchos compañeros, y a otros tiene que hacerles el mismo efecto que les causara a los siervos las ramas de un ronzal castigando sus desnudas nalgas.

¿Y por qué? porque ellas van a ser la síntesis de la verdad.

Los hechos.

Con motivo de la estrechez económica en que viven los obreros y a raíz de la carnicería europea, la colectividad de esta fábrica, tomó parte en una serie de campañas que emprendió la Federación textil contra los patrones de todas las industrias textiles, en el sentido de mejorar la situación económica del gremio.

En una de estas tantas luchas, la colectividad de Sta. Catalina obligó a que aceptara el patrón un pliego de re-

clamo en que, entre sus muchas conclusiones, había una que decía: «La dirección de la fábrica se compromete a socorrer a los obreros en caso de desgracia».

En tal virtud, de un año a esta parte y ateniéndonos a este acuerdo, los obreros habían conseguido que en todas las erogaciones que se corrían (con el fin de socorrer a algún compañero en desgracia, la fábrica contribuía con una cantidad de dinero.

Pero, a medida que ha transcurrido el tiempo y que la estrechez económica ha sido mayor en los hogares proletarios, por razón de lógicas enfermedades se han propagado con mucha mayor rapidez en el organismo de los trabajadores; de aquí, que si antes en el transcurso de un mes se hacían una o dos erogaciones, en las cuales la Fábrica cumplía, hoy hay mes que se hacen hasta seis u ocho erogaciones, habiéndose evadido la fábrica de la responsabilidad que tiene de seguir contribuyendo en virtud del acuerdo que tenemos establecido; pero, como el director sabe que los obreros alguna vez tienen que reclamar lo que les pertenece, él por su parte no ha desperdiciado momento alguno, a fin de estudiar una forma inmoral y ridícula que venga con tiempo a acallar por un lado, la protesta que tiene que venir del personal, y por otro la de sacar el mayor provecho posible, o (mejor dicho): dar una píldora amasada en miel pero revuelta en agradable almidar.

Colocadas las cosas en esta situación, un día bienaventurado para el señor director, quien dando muestras de una magnanimidad extraña en él llamó a la «inteligente» comisión de reclamos, y les propuso que era preciso formar «la caja de seguridad», en la cual los obreros deberian depositar un tanto por ciento de su haber semanal y la dirección otra cantidad igual, a fin de que cuando un obrero se enferme o pase al otro barrio, reciba en el primer caso su haber íntegro, botica y médico; y en el segundo, los deudos tengan con que enterrarlo. Pero a la vez también, ya no era permitida ninguna erogación por cuanto estas mortificaban mucho a la dirección encargada de descontarlas por planillas.

¡Que proposición tan excelente! No hay duda que no hay patrón tan bueno como nuestro director, se dijo la comisión, la cual salió satisfecha de la dirección con rumbo al local y el otro vivo se quedó sonriendo en su bufete.

El sindicato por su parte, acordó nombrar una comisión de estudio, la cual dictaminó en el sentido de que los obreros dejaran el uno por ciento de su haber y la fábrica hiciera lo mismo, es decir estaba de acuerdo con el director. Luego el Secretario general citó a los compañeros a junta a fin de tratar el punto, (mejor dicho aprobarlo) pero éstos por ley natural o espíritu de conservar su libertad, no concurrieron.

Esto parece, que disgustó a los directores de ambas partes, y los unos solicitaron del amo que la sesión debía realizarse en el interior de la fábrica, reclamando que él ordenara al portero que echara candado por dentro al portón del corral por donde salimos; dicho y hecho, tocó el pito y nadie podía salir.

Había orden del sindicato y era preciso celebrar la junta, a fin de sancionar el malhadado acuerdo; hubieron protestas pero no valieron. Se nombró presidente, hablaron cinco y quedó acordado.

Aquí cabe una reflexión. ¿Han olvidado mis compañeros que un día acordamos reunirnos en el patio de la fábrica a fin de tratar un asunto de nuestros camaradas de Vitarte, y salió el director gritando como un loco, para que el portero dejara salir a la gen-

te, y resolvió a nuestro compañero Nuñez que hacía uso de la palabra, y Cano que estaba en la puerta? Lo que va de ayer a hoy, ayer se opuso a que nos reuniéramos en el interior de la fábrica, y hoy acepta y cierra la puerta con llave.

Ahora compañeros; es preciso que sepáis que una antigua y maltrecha ley del Estado obliga a los patrones de todas las industrias a formar el seguro obrero, a fin de satisfacer la obligación que estos tienen para con el trabajador en caso de accidentes; por otro lado tenemos el acuerdo de que la fábrica debe entregarnos en caso de desgracia de algún compañero parte de lo que nos quitan en el trabajo diario. La actitud tomada en la fatal Asamblea, actitud obligada por la fuerza moral y material del capitalista, (yo pregunto) ¿no rompe con las obligaciones que tiene el patrón con la ley del seguro obrero y el contrato con el sindicato? porque ya no va a ser él quien va a formar dicho seguro ni a cumplir con nuestro pliego de huelga, sino nosotros mismos, depositando en la dirección parte del salario que no nos corresponde, sino que corresponde a nuestra familia, a nuestras obligaciones.

¿Qué han hecho, pues, mis compañeros del Sindicato? ¿Qué piensan hacer? mediten un poco más, y llegarán a la misma conclusión que yo, es decir que la solidaridad con el patrón es mala, por cuanto él ha conseguido evadirse del deber que tiene a cumplir con el pactado económicamente; y en el orden moral, el que no conocamos todos, continuamente, la desgracia que agobia al compañero y que nos enseña a socorrernos mutuamente por espontánea voluntad, haciendo de cada dolor, dolor de nosotros mismos.

Compañeros de trabajo y de miseria: si os quieren obligar a cumplir este mal acuerdo, rompéd por amor a vuestra libertad, no os dejéis descomentar ni un centavo por amor a vuestro grado de conciencia proletaria adquirida en tantas luchas con el capitalista.

Luis F. Barrientos.

Lima, agosto de 1923.

BALANCE

De la Matinista realizada a beneficio de «La Protesta» el 25 de

Febrero de 1923

ENTRADAS

266 tarjetas cobradas hasta la fecha a 50 cts. cada una...S.	133.00
Venta en la cantina.....	37.26
130 boletos de la rifa de los dos cuadros a 20 cts. cu....	26.00
De las flores.....	15.50
Total de entradas.....	S.211.85

SALIDAS

Alquiler del local.....	S. 15.00
Soda y Kola.....	13.50
Pasteles.....	12.50
A dos músicos.....	10.00
Flores para ramillete.....	3.00
Impresión de 500 tarjetas....	11.00
Total de salidas.....	S. 65.00

RESUMEN

Entradas.....	S. 211.85
Salidas.....	65.00
Superavit.....	S. 146.85

Nota.—De las 139 tarjetas que faltaban cobrar, han pagado 42 y 2 de vueltas. Ahorran faltan pagar 92.

Esperamos, pues, se pongan al corriente a la brevedad posible, ya es mucho el tiempo que estamos esperando.